

ANGEL M. MERGAL

Presidente de la Convención de
Iglesias Bautistas de Puerto Rico

EL DON DE LA VICTORIA
MENSAJE DE CINCUENTENARIO



ENGLISH VERSION

by

MARGARET Z. de MERGAL

SEMINARIO EVANGELICO

Río Piedras, P. R.

1949

El aguijón de la muerte es el pecado; la potencia del pecado es la ley; mas la victoria es el don de Dios por el Señor nuestro Jesucristo.—(Cor. 15:56 - 57).

En su *Enquiridión* San Agustín afirma que las tres gracias de 1 Cor. 13: fe, esperanza y amor, encierran en sí toda la profundidad del pensamiento y la vida cristiana. Hay una cuarta gracia, aspiración, consecuencia y compendio de esas tres: la gracia de la victoria.

La noción de la victoria cristiana está expresada en nuestra himnología, en las oraciones y en las más ordinarias manifestaciones de nuestro pensamiento religioso con tanta frecuencia que parece casi innecesario insistir en ello una vez más. Desde los remotos orígenes, en la mitología persa y en la babilónica, se concibe el sentido religioso de la vida como un conflicto entre dos fuerzas cósmicas, con victoria del dios creador sobre el Enemigo de su creatividad. El dragón infernal reaparece en el *Apocalipsis*, “aquella serpiente antigua, que es el Diabolo y Satanás”. (Apoc. 20:2).

En el Génesis, la lucha se simboliza en el esfuerzo del Espíritu para vencer al abismo, al desorden y a la tiniebla. La versión correcta de Juan 1:5, al decir de autorizados exégetas, es una alusión a esa lucha primordial: “La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no pudieron extinguirla”.

Abraham salió de Ur sostenido por una promesa de victoria; pero la realidad fué la de una continua peregrinación. No es hasta Isaías que Abraham viene a encarnar la promesa de esa victoria. “Por fe habitó en la tierra prometida como extranjero, morandó en tiendas movedizas con Isaac y Jacob, herederos juntamente de la misma promesa: porque esperaba una ciudad estable, el artífice y hacedor de la cual es Dios”. (Hebreos 11:9 - 10).

Moisés salió de Egipto persiguiendo el resplandor de esa misma promesa. Con el *Exodo* penetra en la historia el pueblo de Israel. La fiesta pentecostal del Jubileo es una proclamación reiterada de esa esperanza. La redención de hombres y propiedades cada cincuenta años habla con elocuencia a las nuevas generaciones de ese anhelo de victoria. “Simiente de Abraham somos”, respondieron los judíos a Jesús, “y jamás fuimos esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?”. (Juan 8:33). Habían olvidado, tal vez, sus transmigraciones y su

esclavitud, en Egipto, en Asiria, en Babilonia, en la propia Jerusalem, bajo el yugo de Antioco Epifanes. El sueño de Ezequiel, de Isaías y de Daniel se quebró bajo el ariete de las huestes romanas. “Delenda est Cartago”, volvieron a repetir las legiones cuando arrasaron el solar de la Santa Ciudad. Sobre las ruinas humeantes el profeta cristiano contempla la visión monumental de la última victoria: “Y miré y he aquí el Cordero estaba sobre el monte de Sión. Yo, Juan, vi la Santa Ciudad, Jerusalem nueva, que descendía del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido: la residencia de Dios con los hombres, y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas”. (Apoc. 14:1 y 21:1-4). A esa victoria última se llega por un estrecho camino de tribulación, enemistad del mundo, y fiel testimonio de Jesucristo. La victoria lejana e invisible vigorizando la flaqueza humana para que el poder de Dios nos sostenga por esa esperanza hasta el final. “Y todos estos, aprobados por testimonio de la fe, no recibieron la promesa; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen perfeccionados sin nosotros”. (Hebreos 11:39-40).

I.

¿Qué tremendo misterio busca revelarse a través del símbolo de la victoria? “Milicia es la vida sobre la tierra”, dijo San Agustín. Lo aprendió de San Pablo: “Vestíos toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”. (Efes. 6:11). Pero aún el mismo San Agustín en sus primeros libros no distinguió con claridad la diferencia entre una lucha puramente física, una lucha de carácter social o una lucha de carácter espiritual. No es hasta sus *Confesiones* que San Agustín viene a establecer con toda claridad esta distinción.

El conflicto no ha de tener necesariamente una índole moral o espiritual y por tanto su relación no puede confundirse con la victoria a que hace referencia continua la Sagrada Escritura. Cuando era estudiante me enseñaron en Ciencia Elemental que toda labor envolvía la victoria sobre una resistencia. En efecto, el primer capítulo de la Biblia comienza con una descripción del combate entre la nada y la fuerza creadora de Dios. Como la Biblia es un libro de orientación esencialmente espiritual, esta lucha del comienzo, este conflicto entre la nada y la creatividad de Dios, entre la luz y la tiniebla, entre el

desorden y el cosmos, tiene a través de todo el Libro un sentido moral y espiritual. La nada, el desorden, y la tiniebla vienen luego a simbolizarse en la persona de Satanás. Pero esta derivación moral y espiritual no debe oscurecer el hecho de que el conflicto físico carezca de connotación pecaminosa. Importa establecer esta distinción para no dar luego en antinomias insolubles.

Empecemos por hacer una distinción metodológica, sin pretensiones de fijación metafísica, sino para facilitar su tarea al pensamiento. Distingamos primeramente la esfera física del ser, después la esfera biológica y en última instancia la esfera humana. En la esfera física y biológica hallaremos el mal y en la esfera humana hallaremos ambos: el mal y el pecado. El mal, porque el hombre, como ya lo han reconocido pensadores muy eminentes, constituye en sí mismo un mundo pequeño y participa de las tres esferas existenciales: física, biológica y humana.

Un derrumbe a causa de las lluvias torrenciales, una inundación o un huracán son indudablemente males, a juzgar por la limitada comprensión de la mente humana, e ilustran la presencia del mal físico. De idéntico modo, un diamante imperfectamente cristalizado, desde el punto de vista puramente físico revela sólo una imperfección, pero desde el punto de vista económico, para el minero, o el empresario de la compañía, es un mal de índole económico. En ningún caso hay pecado, sin embargo. De este mismo modo podríamos seguir señalando innumerables males en la esfera de lo puramente físico.

Una enfermedad, la existencia de los mosquitos anófeles o de las serpientes de cascabel son males en la esfera biológica. La serpiente de cascabel es altamente venenosa, pero jamás podríamos declararla culpable de asesinato en primer grado por la muerte de su víctima. Un idiota con tendencias al robo, al asesinato o a la perversión sexual representa indudablemente un mal biológico lamentable, pero no delinque ni peca.

La existencia de lo malo en la esfera física y biológica presenta un enigma para la mente humana. Job inquiere ante Dios por la solución de ese misterio. La torpeza de los amigos, que vienen a consolarle, consiste precisamente en confundir el mal con el pecado. La lucha de Job es una lucha contra el mal, contra la desgracia, contra la calamidad, pero no es una lucha contra el pecado. La victoria de Job constituye una victoria estoica. por fe, en lucha contra la desgracia, pero en modo alguno representa una victoria contra el pecado. Por eso no puede establecerse paralelo válido entre Job y Fausto. Porque

Job es un hombre en desgracia, pero Fausto es un hombre pecador. Nos interesa sobremanera la victoria contra el pecado.

La victoria cristiana por excelencia es la victoria contra el pecado. El apóstol Pablo dice: "El que aún a su propio hijo no nos ha negado, ¿cómo no ha de darnos también con El todas las cosas?" (Rom. 8:32). Esta es otra manera de decir: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas os serán añadidas". (Mat. 6:33). Cuando Nuestro Señor Jesucristo se enfrenta con el paralítico y le dice: "Tus pecados te son perdonados", (Mat. 9:2) y todos se burlan o se irritan, la causa profunda del desacuerdo entre la seriedad de Jesús y la hilaridad o violencia de los circunstantes es que el Maestro sabe establecer, con suma claridad, la distinción entre la parálisis, un mal y la causa más profunda de toda desgracia humana: el pecado. Es más fácil decir: levántate, y toma tu lecho, y vete a tu casa, que decir: tus pecados te son perdonados. El pecado es un correlato negador del Reino de los Cielos, pero el mal es solamente un enigma que se resuelve cuando la fe ilumina el torpe entendimiento humano. En todas las cosas Dios obra conjuntamente para el bien de aquellos que le aman. (Romanos 8:28). De este modo queda resuelto el problema del mal, porque se resuelve en la voluntad amorosa de Dios. Pero de este modo no queda resuelto el problema del mal, porque se resuelve en la voluntad amorosa de Dios. Pero de este modo no de este modo no queda resuelto el pecado.

La presencia del mal en los órdenes físico y biológico, y en estos mismos órdenes en cuanto tienen que ver con la existencia humana, es cosa de Dios. Así dice el profeta: "Yo, Jehová, que formo la luz y crío las tinieblas, que hago la paz y crío el mal", lo mismo me son tinieblas que la luz. (Proverbios 16:4 e Isaías 45:7). Pero el pecado es creación humana, reside en la voluntad del hombre. Cuando Dios crea al ser humano con libre voluntad, coloca ante sí otra voluntad ajena a la suya. Hay dos maneras de reducir esta voluntad, a la obediencia: una es obligándola y la otra es convenciéndola. Dios tiene delante de sí dos alternativas: la tiranía y el amor. Dios ha preferido la alternativa del amor.

El hombre pecador goza de entera libertad para escoger el camino de su pecado o el camino del amor de Dios; pero no goza de la misma libertad para escoger las consecuencias de su pecado. Si escoge el camino del amor y la sabiduría, echa su suerte con Dios. Qué pueda ser la "herencia de los santos en luz". (Colosenses 1:12) no lo sabemos, ni tampoco le importa saberlo a la fe; pero sabemos cuáles son los gajes del pecado:

“La dádiva de Dios es vida eterna, pero el salario del pecado es muerte”. (Rom. 6:23). Cuando decimos *muerte* es claro que no se refiere a la muerte biológica, sino al triunfo de la nada negadora sobre la actividad creadora y redentora de Dios.

En su Segunda Epístola a los Corintios el apóstol Pablo señala al posible origen del pecado en la voluntad humana. “Lo que pienso”, dice, “piénsolo según la carne para que haya en mí Sí y No”. (2 Cor. 1:17). El Sí y el No es la ecuación que se produce al polarizarse la conciencia humana. En algunos aspectos de su vida el hombre naturalmente carece de alternativa. Ha de comer, ha de dormir, su sangre tiene que fluir en sus venas, sus pupilas se dilatan al contacto de la luz. En todos sus aspectos físicos y biológicos el hombre se comporta como los seres de estas dos esferas: determinado por la rigurosa necesidad vital y natural. Pero el hombre es más, es también “guarda de su hermano”, (Génesis 4:9) es un ser social. El pensamiento de la naturaleza y de la vida están determinados rigurosamente por la estructura de la naturaleza y por las urgencias vitales. La relación mutua entre los individuos y su ambiente en estas dos esferas de la existencia es inalterable. fluye por un sólo canal. El pensamiento del hombre se mueve, por el contrario, en un amplísimo mundo, ni natural, ni vital, sino puramente espiritual. Los animales y las rocas no tienen patria, no tienen honra, no tienen verdad ni mentira, no tienen familia, prestigio o desprestigio; no tienen conciencia de valor porque carecen de capacidad para el desdoblamiento del espíritu, para la duda, para la contemplación de sí mismos en el momento de la lucha, para anticiparse en su mente a las consecuencias de su decisión. El hombre puede echar su suerte con Dios, unirse a esa causa, o puede constituirse en Enemigo; es su privilegio, su dignidad; y puede convertirse en su tragedia, su perdición. Para reforzar su estrategia, Dios divide su poder en tres grandes ejércitos: Padre, Hijo y Espíritu. El objetivo de la victoria es el Reino de Dios; el campo de batalla es el alma humana, es la Iglesia, el mundo y la historia. En esta lucha no participan las cosas, las plantas y los animales; sino como instrumentos pasivos, ajenos al conflicto. Es en la esfera de lo intangible que opera el Sí y el No, que se objetiva el conflicto, como la esencia misma de lo espiritual, a distinción de lo material o lo animal.

En la historia de la vida cristiana esta victoria del Sí sobre el No de que habla el apóstol Pablo, de la negación de Dios sobre la negación del hombre, es simbolizada por varios modos: el ayuno, el celibato, la vigilia, el ascetismo, el monasticismo.

El ayuno evidentemente es la negación de una necesidad física y natural. Pero el cristianismo no requiere esa victoria para la mera satisfacción de una soberbia o de una curiosidad. El cristianismo requiere esa victoria para el enriquecimiento de la vida, para que los seres humanos penetren en el Reino de los Cielos. Lo que nos interesa es saber cuál es el camino de esa victoria y el sentido de la misma.

II.

La victoria y la libertad no son meros hechos, sino estados espirituales, condiciones del espíritu, cualificaciones para el combate. La victoria, en el sentido que venimos explicando, es superación de la necesidad. La victoria auténtica que la vida cristiana promete es la victoria que se alcanza por tres modos: El de la fe que obra por amor, el de la verdad revelada por el espíritu, y el de a vida de Dios ingerta en la vida del hombre. Este es el camino, la verdad y la vida de que nos habla el Evangelio. De estos tres, la fe tiene prioridad sobre la verdad. En el mundo científico se investiga primero, el hombre se certifica primero, después se actúa sobre la presuposición de la verdad descubierta. No así en la vida espiritual. Mis hijos no me comprenden porque yo sé mucho más que ellos; pero creen en mí y viven en mi casa, manteniéndose de mi substancia; porque creen en mí, aunque no me comprendan. Nuestra relación con Dios no es la relación del conocedor superior, al conocido inferior, como es la relación del científico y el objeto de su conocimiento. Nuestra relación con Dios es del conocido inferior, al conocedor superior. Es la relación del Hijo y el Padre. Creer primero; saber después: "*Credo ut intelligam*".

"Por lo cual, dejada la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo", esto aconseja Pablo a los Efesios. (4:25). "Vosotros de vuestro Padre el diablo sois y los deseos de vuestro Padre queréis cumplir. El, homicida ha sido desde el principio y no permaneció en la verdad porque no hay verdad en él.

Cuando habla mentira, de suyo habla porque es mentiroso, y padre de mentira". (Juan 8:44). Así redarguyó Jesús a sus perseguidores. ¿De qué verdad puede hablar el Evangelio sino de la verdad acerca del hombre y la verdad acerca de Dios? Cuando Jesús habló de este modo con los judíos que habían creído en él se ofendieron porque decían: "Somos hijos de Abraham y nunca fuimos esclavos de nadie". Jesús les contestó atinadamente: "Todo aquel que hace pecado, esclavo es de su pecado". Con lo cual quedan señaladas dos motivaciones pro-

fundas del pecado: Una, el conflicto con la necesidad y otra, el error, la perturbación que ese conflicto ocasiona en la mente. Cuando Marta se queja de María porque le deja servir sola, está al borde del pecado. Jesús le reconvinó diciéndole: "Con las muchas cosas estás perturbada". (Lucas 10:41). Es lo que nos ocurre. La multitud de preocupaciones que la necesidad implica nos perturba el entendimiento; de ahí el error, y del error, el pecado. No es un error teórico; es un error existencial. Este error no nace del entendimiento; este error nace de la vida, de la voluntad en conflicto con la ambición espiritual.

En su Cristo de Velázquez, don Miguel de Unamuno habla de esta actividad negadora de la nada.

¿O es que una nube negra de los cielos
ese negror le dió a tu cabellera
de nazareno, cual de mustio sauce
de una noche sin luna sobre el río?
¿Es la combra del ala sin perfiles
del ángel de la nada negadora,
de Luzbel, que en su caída inacabable
—fondo no puede dar—su eterna cuita
clava en tu frente. en tu razón? ¿Se vela
el claro Verbo en Tí con esa nube,
negra cual de Luzbel las negras alas,
mientras brilla el Amor, todo desnudo,
con tu desnudo pecho por cendal?

Ya dijimos al principio que esta nada primigenia, de donde surge el cosmos, no es el vacío, es la resistencia a la creatividad de Dios.

En el 1939, al subir la cúspide de la colina de Forest Lawn, en Los Angeles, California, estudié largas horas ese famoso grupo escultórico: La Fuente de la Vida. Alrededor de un punto misterioso, en el mármol, se congregan niños y adultos, ricos y pobres, hombres de todas las razas y de todos los niveles sociales. Todos miran hacia el mismo enigma, un hilito de agua que sale. no se sabe de dónde, y se escapa. no se sabe por dónde: la fuente de la vida. Ese horror a la nada profundamente arraigado en nuestra conciencia, nos convierte en vórtices que fluyen siempre hacia adentro. Arnold Toynbee describe la historia como un ascenso continuo por laderas pétreas hacia una cúspide ignota. Los hombres ascienden y ascienden hasta agotarse sus fuerzas y luego, en una aspiración suprema, tienden

sus manos, como otros tantos garfios crispados, para agarrarse a los salientes de las rocas: esfuerzo inútil. Los dedos ateridos y rígidos, al fin y al cabo quedan inmóviles, pierden su agarre, y los cuerpos ruedan una vez más hacia el abismo de la nada. El tiempo se los traga. Vuelve a quedar otra vez todo en silencio. La imagen nos aterra. Pasa sobre nosotros “la sombra de la nada negadora”.

El temor profundo de la nada, del no ser, se hace consciente en el miedo a la muerte. El temor a lo desconocido, el miedo difuso a la vacuidad de la vida, al anonadamiento es móvil ubicuo en el trasfondo de toda religión primitiva, y se aparece disfrazado en múltiples formas litúrgicas, rituales, artísticas. en su desarrollo posterior. Ese mismo temor engendra en el hombre y su contorno social la codicia, la intriga, el recelo, la envidia, la ansiedad, el afán, en una palabra, el odio para nuestro semejante, el competidor, el enemigo. El secreto profundo del hombre terrenal es la ambición oculta de una victoria permanente; la inseguridad, la neurosis del derrotado y la fiereza implacable del avaro y del conquistador, son hermanas gemelas, nacen del miedo solapado (a la frustración.

Cuando aparece la ley, con prestigio divino, expresión de un sentimiento de fraternidad para con Abel, la hazaña de Caín se convierte en pecado. Desde ese momento, la muerte tiene otro sentido más profundo, su verdadera ponzoña es el pecado, “la ira de Dios contra los que mal hacen”. (Salmo 34:16). La ley es la que da al pecado potencia de venganza. “Sabed que os alcanzará vuestro pecado”. (Números 32:23). La voluntad del hombre, en loco desenfreno, para llenar la oquedad de la vida multiplica los matices del pecado con pasmosa fecundidad. Así vive el hombre terrenal, gimiendo en el cuerpo de esa muerte. (Romanos 7:24). Es necesario que una nueva mente y una nueva voluntad venza sobre el temor de la muerte, el postrer enemigo. (1 Cor. 15:26).

En su Primera Epístola a los Corintios, el apóstol Pablo habla de dos tipos de hombres: el primero, de la tierra; el segundo, celestial. El primero es Adam; el segundo es Jesús de Nazareth. La diferencia entre el cristiano y el que no lo es no reside en que uno peca y el otro no peca. Ambos son pecadores y ambos pueden ser salvos únicamente por la gracia de Dios. La salvación no puede comprarse. Nuestra obra es muy mezquina para merecer el favor de Dios. La diferencia está en el modo de conocer la necesidad; en el modo de comportarse ante la presencia de la nada. El apóstol lo

describe como el saber según la carne y el saber según el espíritu. (2 Cor. 5:16). El saber según la carne defiende el ser, resiste el mal. El saber según el espíritu no resiste el mal ni defiende el ser. La victoria según la carne se nivela con el mal, combate al mal con las armas del mal. Según la carne, Dios siempre está del lado de los ejércitos más numerosos, mejor armados y con más dinero. La victoria según el espíritu se viste de armas de luz. (Efesios 6:13). Dice el refrán: "Ladrón que roba a ladrón ha cien años de perdón". Lo cual no niega que el uno sea tan ladrón como el otro. Si una persona asesina a mi hermano, a mi hija o a mi esposa, y yo, como cristiano, desciendo a la venganza asesinando la esposa o la hija del otro, soy tan asesino como él. No hay diferencia. No es posible, ni sensato, ni cristiano descender al nivel del mal para combatir el mal. Lo sabio y lo cristiano y lo sensato es inundar el mal con el bien y vencerlo de este modo. (Romanos 12:21).

III.

Cuando el Señor habló de esta manera a sus discípulos, Pedro se asombró y expresó el asombro general con las palabras: "¿Y quién podrá salvarse?". (Marcos 10:26). A lo cual contestó Nuestro Señor Jesucristo: "Pedro, tienes razón, para los hombres es imposible, pero para Dios no, porque para Dios todas las cosas son posibles". El verdadero punto es si podemos creer esto. Las palabras de Jesús al Centurión fueron las siguientes: "Si crees, bien puede ser. Para el que cree todo es posible". Y el Centurión contestó de manera tan maravillosa que habló por todos los seres humanos de todos los tiempos: "Creo Señor; ayuda mi incredulidad". (Marcos 9:24).

¿Cómo se puede ser fiel e infiel a la vez? ¿Cómo puede una persona creer y a la misma vez ser incrédulo? Se puede ser ambas cosas por modo muy sencillo, basta con ser humano. Es el Sí y el No de que nos habla el apóstol Pablo.

Cuando Jesús se emparejó en el camino de Emmaús con Cleofas y su amigo, una vez enterado de la razón de su tristeza, les habló diciendo: "¡Oh, insensatos y tardos de corazón!" (Lucas 24:25). ¿Necesitaremos decir que insensato significa falta de sentido? ¿Necesitaremos decir que lento de corazón quiere decir perezoso de entendimiento? Para los judíos el corazón era el órgano del pensamiento. Tardos de corazón quiere decir lentos en comprender.

¿Por qué no pudieron comprender? "¿Eres tú aquel que

había de venir, o esperaremos otro?”, preguntó Juan el Bautista. (Lucas 7:20). “Nosotros esperábamos que él era el que había de libertar a Israel”, dijeron los discípulos de Emmaús. (Lucas 24:21). “¿Restituirás el reino a Israel ahora?”, inquirieron los que se juntaron a su despedida. (Hechos 1:6). Otra vez la historia, la esperanza de Abraham, de Moisés y de Jesús La ciudad terrenal, la casa con cimientos de arena, el edificio construido sobre paja, madera y hojarasca (1 Cor. 3:12), obscureciendo la visión de la ciudad celestial, con cimientos de piedra, cuyo artífice y' hacedor es Dios.

El hombre terrenal y el mundo histórico-social creado por él habita en la maraña de sus circunstancias; pero el hombre celestial, aunque exista sobre la tierra, tiene que habitar “en los cielos con Cristo Jesús; para mostrar al mundo secular las abundantes riquezas de su gracia”. (Efesios 2:6-7). La vida del verdadero cristiano carece de hinchazón, no blasona, su victoria es tan invisible como el objeto de su fe, porque “está escondida con Cristo en Dios”. (Colosenses 3:3). El hombre terrenal vence con la armadura de la carne, el hombre celestial se viste las armas de luz. (Romanos 13:12). El hombre terrenal es un remolino que fluye hacia el centro de un vórtice de injusticia, error, pasión, contienda y vanagloria; el hombre celestial es una fuente que fluye hacia afuera, desbordándose para vida eterna. (Juan 4:14). Cuando esa fuente se une a las otras forman todas un río, el caudaloso que fluye de debajo del trono de Dios y del Cordero, el río cuyos márgenes alegran la ciudad de Dios. (Salmo 46:4 y Apocalipsis 22:1). El hombre terrenal crea la cultura, la sociedad, la grandeza, el reino del hombre con ilusión de eternidad y realidad de ruina: la torre de Babel. El hombre celestial recibe un don del Espíritu, que le permite constituirse en miembro humilde, pero eficaz, virtuoso y victorioso del cuerpo de Cristo. (1 Cor. 12). Esta es la fe cuya victoria vence al mundo; ser nacido de nuevo por la confianza en la verdad, el procedimiento y la presencia personal de Cristo, ser hijo de Dios, por su Espíritu Santo, en su Iglesia, el cuerpo de Cristo, de la cual cada cristiano es miembro en parte. Esta es la fe, la sola fe que salva, la fe que obra por amor. (Gálatas 5:6).

El hombre nacido de Dios es amor, como Dios es amor; es poder, como el Espíritu es poder; es justicia y verdad, como el Padre es justo y verdadero. “porque el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado”. (Romanos 5:5). El hombre terrenal vive en el temor, la ira, la ansiedad y el desaliento. El hombre de Dios

se goza en el Señor siempre, su modestia es conocida de todos, por nada está afanoso, sabe que el Señor está cerca, en efecto, a su mano izquierda, toda su solicitud la expone delante de su Señor en oración y gratitud, y la paz de Dios, misteriosa e incomprendible mantiene alerta, claro, firme y confiado s uentendimiento. (Filipenses 4:4-7).

El hombre terrenal ha pervertido el Reino de Dios por no saber discernir el cuerpo de Cristo. (1 Cor. 11:29). La Iglesia se ha reducido a Institución histórica, con templos de soberbia arquitectura, oro y plata en altares de mármol, cancellerías y cuerpos diplomáticos, sacerdotes y ministros emperifollados de encajes y brocados, construcciones dogmáticas rígidas, frías, duras y estériles como las piedras de sus catedrales, almas esclavas, amos codiciosos, formas litúrgicas pomposas y vanas como gigantescos merengues decorados para carnaval. Todo eso puede admitirse si es aparejo con fines terrenales; pero la verdadera iglesia es un edificio espiritual, un sacerdocio santo, el cuerpo de Cristo residente en la tierra para engendrar y alimentar al hombre nuevo, al hijo de Dios. (Juan 1:12-13; 1 Pedro 2:5).

Hace cincuenta años que ese Evangelio del cuerpo de Cristo, del hombre celestial, llegó a nuestras playas. Estas *Islas de la Esperanza*, (*Waiting Isles*, como las ha llamado el hermano Carlos Detweiler) recibieron la Iglesia de Cristo, la madre del hombre celestial, la esposa de Dios. Aquí descendió el Espíritu Santo de la promesa. Es la promesa hecha a Abraham, la promesa de la victoria. Había Dios reservado algo mejor para nosotros también. (Hebreos 11:40).

El verano de 1939 conocí en Atlanta, Georgia, un profesor alemán, aclimatado en el Seminario Bautista de Filadelfia. Asistíamos al congreso de la Alianza Bautista Mundial. Nos encontramos curioseando en el parque Grant, ante los vestigios de aquella pesadilla que el viento se llevó, la Guerra Civil. Ocho años después lo volví a encontrar en Green Lake, Wisconsin. Recién llegado de Europa, hablaba ante una concurrencia de misioneros, de la última catástrofe universal y de la gracia cristiana de la victoria.

Hablamos después de terminada su conferencia. Me recordó en seguida. Yo tenía en mis manos un ejemplar del libro

de Lecomte du Nouÿ, *Human Destiny*, y en su intraportada escribió estas palabras:

Sursum corda!
Regem habemus!
Hebreos 13:8.

William A. Mueller.

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y mañana, y por los siglos”. La Iglesia cristiana en Puerto Rico significa que el cuerpo, cuya cabeza es Cristo, vive en este país. Es la única razón de esa fe, para alzar el canto victorioso.

¡Tenemos rey,
levantad vuestros ánimos,
levantad vuestro pensamiento,
levantad vuestro corazón!

El pecado hace la muerte horrible, motivo de angustia, de temor y de fiera. La presencia de la ley, justicia de Dios, hace al pecado poderoso para condenación. La resurrección de Jesús, el Señor de la Iglesia, hace la gracia de Dios potencia de victoria sobre el temor de la muerte, el veneno disolvente de pecado y la parálisis espiritual ante la ira de la justicia divina. “¡Gracias a Dios que nos da la victoria por el Señor Nuestro Jesucristo!”

THE GIFT OF VICTORY

The sting of death is sin; and
the strength of sin is the law.
But victory is the gift of God
through our Lord Jesus Christ.
(I Cor. 15:56 - 57).

In his *Enchiridion* Saint Augustine affirms that the three graces of I Corinthians 13 — faith, hope, and love — contain within themselves all the depth of Christian thought and life. There is a fourth grace—the aspiration, the consequence, and the epitome of these other three—the grace of victory.

The notion of Christian victory is expressed in our hymnology, in the prayers, and in the most ordinary manifestations of our religious thinking with such frequency that it almost seems unnecessary to mention it again. From the remotest origins, in Persian and Babylonian mythology, the religious sense of life is conceived of as a conflict between two cosmic forces, resulting in the victory of God, the Creator, over the Enemy of his creation. The infernal dragon reappears in *Revelation*, “that old serpent, which is the Devil, and Satan.” (Revelation 20:2) In Genesis, the struggle is symbolized by the effort of the Spirit to conquer the abyss, disorder, and darkness. The correct version of John 1:5, according to authorized exegetes, is an allusion to this primeval battle: “And the light shineth in darkness; and the darkness could not extinguish it.”

Abraham left Ur sustained by a promise of victory, but the reality was a continental peregrination. It is not until Isaiah that Abraham comes to symbolize that promise of victory. “By faith he sojourned in the land of promise, as in a strange country, dwelling in tabernacles with Isaac and Jacob, the heirs with him of the same promise: for he looked for a city which hath foundations, whose builder and maker is God.” (Hebrews 11:9 - 10)

Moses left Egypt following the splendor of this same promise. It is with their *Exodus*, that the children of Israel appear in History. The pentecostal Jubilee is a reiteration of their hope. The redemption of men and property every fifty years speaks with eloquence to the new generations of this desire of victory.

“We be Abraham’s seed,” the Jews answered Jesus, “and were never in bondage to any man: how sayest thou, ‘Ye shall be made free?’” (John 8:33) They had forgot, perhaps, their

wanderings and their slavery in Egypt, in Assyria, in Babylon, and even in Jerusalem itself, under the yoke of Antiochus Epiphanies. The dream of Ezekiel, of Isaiah, and of Daniel broke under the battering rams of the Roman legions. "Delenda est Cartago", the legions repeated again when they overran the Holy Land. Above the smoking ruins, the Christian prophet contemplates the tremendous vision of the final victory: "I looked, and, lo, a Lamb stood on the mount Sion . . . I, JOHN, saw the holy city, new Jerusalem, coming down from God out of heaven, prepared as a bride adorned for her husband. Behold, the tabernacle of God is with men, and he will dwell with them, and be their God. And God shall wipe away all tears from their eyes; and there shall be no more death, neither sorrow, nor crying, neither shall there be any more pain: for the former things are passed away." (Revelation 14:1 and Revelation 21:2-4). One arrives at this last victory by *ya* road of tribulation, enmity of the world, and faithful testimony for Jesus Christ. The distant and invisible victory strengthens human weakness so that the power of God *may* reach down to it to the end.

"And all these, having obtained a good report through faith, received not the promise: God having provided some better thing for us, that they without us should not be made perfect." (Hebrews 11:31-40)

I.

What tremendous mystery stands behind this symbol of victory? Life on earth is a battle," says Saint Augustine. He learned it from Saint Paul: "Put on the whole armour of God, that ye may be able to stand against the wiles of the devil." (Ephesians 6:11) But even Saint Augustine himself did not distinguish clearly, in his first books, the difference between a purely physical struggle, a social struggle, and a spiritual struggle. It is not until his *Confessions* that Saint Augustine establishes this distinction with all clarity.

Conflict does not necessarily have to be of a moral or spiritual nature, and therefore it should not be confused with the victory to which the Holy Scriptures continually make reference. When I was a student, I was taught in Elementary Science that all work involved a victory over a resistance. In fact, the first chapter of the Bible commences with a description of the battle

between Nothingness and the creative power of God. As the Bible is a book essentially of spiritual orientation, this struggle of the beginning, this conflict between Nothingness and the creativeness of God, between light darkness, between disorder and cosmos, has throughout all the Book a moral and spiritual meaning. Nothingness, disorder, darkness symbolize Satan. But this moral and spiritual origin should not overshadow the fact that the physical conflict lacks a connotation of sinfulness. It is necessary to establish this distinction in order to avoid insolvable antinomies.

Let us begin by making a distinction in methodology, not with any metaphysical pretensions, but in order to make our thinking easier. Let us distinguish first the physical sphere of being, then the biological sphere, and lastly the human sphere. In the physical and biological spheres we find evil, and in the human sphere we find both evil and sin. Evil, because man, as eminent thinkers have already recognized, constitutes in himself a small world and participates in the three existential spheres—the physical, the biological, and the human.

A landslide caused by torrential rains, a flood, or a hurricane are undoubtedly evils, as judged by limited human understanding, and they illustrate the presence of physical evil. In this same way, a diamond imperfectly crystalized, from the purely physical point of view, reveals only an imperfection, but from the economic point of view, for the miner, or the manager of the company, it is an economic evil. In neither case is there sin, however. In this same way we could continue pointing out innumerable evils in the sphere of the purely physical.

An illness, the existence of the anopheles mosquito, or of the rattlesnake are evils in the biological sphere. The rattlesnake is highly poisonous, but we would never declare it guilty of first-degree murder and send it to the electric chair for the death of its victim. An idiot with tendencies to steal, to kill, or to sexual perversion undoubtedly represents a lamentable biological evil, but he is not guilty of crime, nor does he sin.

The existence of evil in the physical and in the biological spheres presents an enigma for the human mind. Job pleaded before God for the solution of this mystery. The stupidity of his friends, who came to console him, consists precisely in confusing evil with sin. The struggle of Job is a struggle against evil, against misfortune, against calamity, but it is not a struggle against sin. Job's victory is a Stoic victory, by

faith, a struggle against misfortune, but in no way does it represent a victory over sin. For this reason one cannot establish a valid parallel between Job and Faust. Job is a man in misfortune, but Faust is a sinner. We are tremendously interested in the victory over sin.

The supreme Christian victory is the victory over sin. The Apostle Paul says: "He that spared not his own Son, but delivered him up for us all, how shall he not with him also freely give us all things?" (Romans 8:32). This is another way of saying: "But seek ye first the kingdom of God, and his righteousness; and all these things shall be added unto you." (Matt. 6:33) When our Lord Jesus Christ meets the paralytic and says to him: "Thy sins be forgiven thee", (Matt. 9:2) and all make fun of him or are annoyed, the real cause of the disagreement between the seriousness of Jesus and the hilarity or violence of the by-standers is that the Master knows how to establish with all clarity the distinction between paralysis, an evil, and the deepest cause of all human misfortune—sin. It is easier to say: "Rise, take up your bed, and go home" than to say: "Your sins are forgiven." Sin is a denying correlative of the Kingdom of Heaven, but evil is only an enigma which is disclosed when faith illumines dull human understanding. In all things God works together for good to those who love him. (Romans 8:28). Thus the problem of evil is solved, because it is solved through the loving will of God. But sin is not disposed of in this fashion.

The presence of evil in the physical and biological orders, and in these same orders as far as they have to do with human existence, is a thing of God. The prophet expresses it thus: "I form the light, and create darkness: I make peace, and create evil: darkness and light are the same to me." (Proverbs 16:4b, Isaiah 45:7) But sin is a human creation, residing in the will of man. When God created the human being with free will, he placed before him another will foreign to his own. There are two ways of reducing this will to obedience—one is to force it, and the other is to convince it. God has before him two alternatives—tyranny and love. God has preferred that of love.

Sinful man enjoys entire liberty with which to chose the path of his sin or the path of the love of God, but he does not have the same freedom to choose the consequences of his sin. If he chooses the path of love and of wisdom, he throws his lot in with God. What may be meant by "partakers of the in-

heritance of the saints in light." (Col. 1:12), we do not know, nor is it necessary to know in order to have faith; but we do know what are the wages of sin: "The gift of God is eternal life, but the wages of sin is death." (Romans 6:23) When we say "death" here, it is clear that we do not refer to biological death, but to the triumph of the denying Nothingness over the creative and redemptive activity of God.

In his second Epistle to the Corinthians, the Apostle Paul points out the possible origin of sin in the human will. "The things that I purpose," he says, "do I purpose according to the flesh, that with me there should be yea, yea, and nay, nay?" (II Corinthians 1:17) The Yes and the No is the equation which is produced when the human conscience is polarized. In some aspects of life natural man lacks alternatives. He must eat, sleep, his blood must flow in his veins, his pupils must dilate on contact with light. In all his physical and biological aspects, man behaves like the beings of these two spheres—governed by his rigorous, vital, and natural needs. But man is something more; he also his "brother's keeper;" (Gen. 4:9) he is a social being. Thought in nature and in life is rigorously determined by the structure of Nature and its vital urges. The mutual relation between individuals and their environment in these two spheres of existence is unalterable: it flows through only one channel. The thought of man moves, on the contrary, in a very wide sphere, neither natural, nor vital, but purely spiritual. Animals and rocks have no native land, no honor, no truth of untruth, no family, no prestige or disgrace; they do have no consciousness of value because they lack capacity for the unfolding of the spirit, for doubt, for contemplation of themselves in the momento of struggle, for anticipating in their minds the consequences of their decisions. Man can throw his luck in with God, unite in His cause, or he can make himself God's enemy; his dignity is a privilege; and this can become his tragedy, his perdition.

To reinforce His strategy, God divides His power in three great manifestations—Father, Son, and Holy Spirit. The object of the victory is the Kingdom of God; the field of battle is the human soul, the Church, the world, and history. In this battle, things, plants, and animals do not participate, but they are passive instruments, foreign to the conflict. It is in the sphere of the intangible that the Yes and the No operates, that the struggle becomes objective, as spiritual essence itself in distinction of the material or animal.

In the history of the Christian life, this victory of the Yes

over the No that the Apostle Paul talks about, of the negation of God over the negation of man, is symbolized by various things—fasting, celibacy, vigils, asceticism, monasticism. Fasting is evidently the denial of a vital necessity; in like manner, vigils and celibacy. Monasticism is an attempt to transcend the social necessity. Symbolically each of these things signifies the victory of spiritual man over physical and natural needs. But Christianity does not require this victory for the mere satisfaction of pride or curiosity. Christianity requires this victory for the enrichment of life, in order that human beings may enter the Kingdom of Heaven. What interests us is to know what is the way to achieve this victory and what does it signify.

II.

Victory and freedom are not mere deeds, but spiritual states, conditions of the spirit, qualifications for combat. Victory, in the sense in which we have explained it, a conquering of need. The authentic victory which the Christian life promises is the victory which is reached through three ways: that of faith which works through love, that of the truth revealed by the spirit, and that of the life of God grafted into the life of man. This is the way, the truth, and the life of which the Gospel tells us. Of these three, faith takes priority over truth. In the scientific world, one investigates first; man makes sure first, then he acts on the presupposition of the truth he has discovered. It is not so in the spiritual life. My children do not understand me because I know much more than they; but they believe in me; they live in my home, maintaining themselves of my substance because they believe in me although they do not understand me. Our relation to God is not that of the superior knower to the inferior known, as is the relation of the scientist and the object of his knowledge. Our relation to God is that of the inferior known to a supreme Being who possesses superior knowledge. It is the relationship of Father and Son. Believe first; know later: "Credo ut intelligam".

"Wherefore putting away lying speak every man truth with his neighbour", was what Paul advised the Ephesians. (4:25) "Ye are of our father the devil, and the lusts of your father ye will do. He was a murderer from the beginning, and abode not in the truth, because there is no truth in him. When he speaketh a lie, he speaketh of his own: for he is a liar, and the father of it." (John 8:44) Thus Jesus answered his

persecutors. Of what truth can the Gospel speak but of the truth about man and God? When Jesus spoke in this fashion with the Jews who had believed in him, they became offended and said: "We are sons of Abraham and we have never been slave of any man." Jesus answered them wisely: "Everyone who sin^s is slave of his sin". Thus we are shown two profound motivations of sin—one, conflict which necessity, and the other perturbation which this conflict causes in the mind. When Martha complained because Mary left her to serve alone, she was on the border of sin. Jesus reprimanded her saying: "Thou art careful and troubled about many things." (Luke 10:41) This is what happens to us. The multitude of pre-occupations, which are the result of need, disturbs our understanding; from this, the error; and from the error, sin. It is not a theoretical mistake; it is an existential mistake. This error is not born in the mind; it is born in life, from the will in conflict with spiritual ambition.

In his "Christ of Velázquez", don Miguel de Unamuno speaks of this denying activity of Nothingness:

Or was it then that a black cloud from heaven
Such blackness gave to your Nazarene's hair,
As of a languid willow o'er the river
Brooding in moonless night? It is the shadow
Of the profileless wing of Luzbel, the Angel
Of denying nothingness, endlessly falling—
Bottom he ne'er can touch—whose grief eternal
He nails on to Thy forehead, to Thy reason?
Is the clear Word in Thee with that cloud veiled
—A cloud as black as the black wings of Luzbel—
While Love shines naked within Thy naked breast?

(Translation—Salvador de Madariaga)

We have already mentioned at the beginning that this primitive nothingness, from which the cosmos surges, is not a vacuum; it is the resistance to the creativeness of God.

In 1939, upon reaching the top of the hill in Forest Lawn, in Los Angeles, California, I studied for long hours the famous sculpture "The Fountain of Life." Around a mysterious point in the marble, are grouped children and adults, rich and poor, men of all races and of all social levels. All are looking toward the same enigma—a tiny stream of water which flows from where no one knows, and escapes to where no one knows—the fountain of life. This horror of the nothingness which

is profoundly rooted in our conscience, converts us into whirlpools which flow continually inward. Arnold Toynbee describes history as a continuous ascent of rocky slopes up to an unknown peak. Men ascend and ascend until they exhaust their strength and then, in a final supreme effort, stretch out their hands, as so many twitching claws, to clutch hold of the jutting rocks—an effort which is useless. The fingers, stiff and rigid with cold, finally remain motionless, lose their grip, and the bodies once more toward the abyss of nothingness. Time swallows them. All is again silent. The figure frightens us. Over us passes “the shadow of the denying nothingness”.

The profound fear of nothingness, of not being, can be seen in the fear of death. Fear of the unknown, the widely spread fear of the emptiness of life, of annihilation is the ubiquitous moving force in the background of all primitive religion, and it appears in its later development disguised in many liturgical, ritualistic, and artistic forms. This same fear engenders in man and in his social environment, envy, intrigue, suspicion, jealousy, anxiety, worry—in a word, hatred of one's fellow-man, the competitor, the enemy. The deep secret of earthly man is the hidden ambition of a permanent victory; the insecurity, the neurosis of defeat, and the implacable ferocity of the miser and the conqueror, are twin brothers, born of pretended fear of frustration. When the law appears, by divine sanction, it is an expression of a feeling of brotherhood with Abel; the deed of Cain is than converted into sin. From this moment, death has another meaning which is more profound; its true poison is sin, “The face of the Lord is against them that do evil.” (Psalm 34:16) The law gives to sin the power of revenge. “Be sure your sin will find you out”. (Num. 32:23) The will of man, crazy in unbridled state, in order to fill the emptiness of life, multiplies the varieties of sin with astounding fecundity. Thus lives earthly man, groaning in the body of this death. (Rom. 7:24) It is necessary to have a new mind and a new will to conquer over this fear of death, the last enemy. (I. Cor. 15:25)

In his first Epistle to the Corinthians, the Apostle Paul speaks of two types of men: the first, earthly, and the second, heavenly. The first is Adams; the second is Jesus of Nazareth. The difference between the Christian and the non-Christian is not that one sins and the other does not sin. Both are sinners and both can only be saved by the grace of God. Salvation cannot be bought. Our work is very miserable to deserve the favor of God. The difference is in the way of knowing need;

in the way of behaving oneself in the presence of nothingness. The Apostle describes it as "knowing after the flesh" and "knowing after the spirit." (II Cor. 5:16) "Knowing after the flesh" defends the being, resists evil. "Knowing after the spirit" does not resist evil nor defend the being. Victory according to the flesh is on a level with evil; it combats evil with the arms of evil. According to the flesh, God is always on the side of the largest armies, of the best armed, and of those with the most money. The victory according to the spirit uses the arms of light. (Ephesians 6:13) A proverb says: "A robber who robs another robber has a hundred years of pardon." This does not deny that one is as much a robber as the other. If a person kill my brother, or my daughter, or my wife, and I, as a Christian, descend to revenge, killing the wife or daughter of the other, then I am just as much an assassin as he. There is no difference. It is not possible, nor sensible, nor Christian to descend to the level of evil in order to combat evil. The wise and the Christian and the sensible is to flood evil with good and thus to conquer it. (Romans 12:21)

III.

When the Lord spoke in this way to his disciples, Peter was surprised and expressed the general amazement with these words: "Who then can be saved?" (Mark 10:26). To which our Lord Jesus Christ answered: Peter, you are right. For men, such things are impossible. The real idea is: Can we believe this? The words of Jesus to the centurion were: "If thou canst believe, all things are possible to him that believeth". And the centurion answered in such a marvellous way that he spoke to all mankind for all time: "Lord, I believe; help thou mine unbelief". (Mark 9:24)

How can one be faithful and faithless at the same time? How can a person believe and at the same time not believe? One can be both things in a very easy way; it is sufficient to be human. It is the Yes and the No of which the Apostle Paul speaks.

When Jesus met with Cleopas and his friend on the road to Emmaus, once he had been told of the reason for their sadness, he spoke to them saying: "O fools, and slow of heart to believe." (Luke 24:25) Do we need to say that *fools* means lacking in reason. Need we point out that *slow of heart* means *slow to understand*? For the Jews the heart was the organ of thought. "*Slow of heart* means *slow to comprehend*."

Why could they not understand? "Art thou he that should come? or look we for another?" John the Baptist asked. (Luke 7:20) "But we trusted that it had been he which should have redeemed Israel," said the disciples of Emmaus. (Luke 24:21) "Lord, wilt thou at this time restore again the kingdom to Israel?" was what those who had gathered to take leave of Him asked. (Acts 1:6). Here we have again the main problem of Hebrew history—the hope of Abraham, of Moses and of Isaiah. The earthly city, the house with foundations of sand, the building constructed of straw, wood, and stubble (I Cor. 3:12) obstructs the vision of the heavenly city with foundations of stone, whose builder and maker is God.

Earthly man, as well as the historical-social world created by him, lives in the labyrinth of his circumstances; but heavenly man, even though he lives on the earth, must live "in the heavenly places with Christ Jesus" in order to show to the unbelieving world the abundant richness of his grace. (Ephesians 2:6-7) The life of the real Christian lacks boasting, false pride; the victory is as invisible as the object of his faith, because his life "is hid with Christ in God." (Col. 3:3) Earthly man conquers with the arms of the flesh; heavenly man is clothed with the arms of light. (Rom. 13:12) Earthly man is a whirlpool that flows toward a center of injustice, error, passion, strife, and vainglory; heavenly man is a fountain which flows outward, overflowing into eternal life. (John 4:14) When this fountain unites with others, all form a river, the river which flows from the throne of God and of the Lamb, 46:4 and Revelation 22:1) Earthly man creates cultures, society, greatness, the reign of man, with the illusions of eternity and the reality of ruin—the tower of Babel. Heavenly man receives a gift of the Holy Spirit, which permits him to become a humble, but efficient virtuous and victorious member of the Body of Christ. (I Cor. 11:29) This is the faith which conquers the world; one must be born again by faith in the truth, the way, and the personal presence of Christ. One must become a son of God, and a son by His Holy Spirit in His Church, the body of Christ of which each Christian is a member. This is faith, the only faith that saves, the faith that works through love. (Galatians 5:6)

The man born of God is love, as God is love, is power, as the Holy Spirit is power, is justice and truth, as the Father is just and true, "because the love of God is shed abroad in our hearts by the Holy Ghost which is given unto us." (Rom.

5:5). Earthly man lives in fear, anger, anxiety, and discouragement. The man of God rejoices always in the Lord; his modesty is known of all; he is anxious for nothing, knowing that the Lord is near; in fact, at his left hand; all his anxiousness is placed before his Lord in prayer and gratefulness, and the peace of God, mysterious and incomprehensible, maintains alert, clear, and strong, and confident his understanding. (Phillippians 4:4 - 47)

Earthly man has perverted the Kingdom of God by not discerning the body of Christ. (I Cor. 11:29) The Church is reduced by him to an historic institution, with temples of proud architecture, gold and silver on altars of marble, chanceleries and diplomatic corps, priest and ministers showily dressed in lace and brocade, rigid dogmatic formulas that are cold, hard, and sterile as the stones of its cathedrals, slavish souls, envious masters, whose pompous and vain liturgical forms are like gigantic meringues decorated for a carnival. All this can be tolerated if it is for earthly ends; but the true church is a spiritual building, a holy priesthood, the body of Christ residing on earth to engender and feed the new man, as a son of God. (John 1:12-13; I Peter 2:5)

Fifty years ago this Gospel of the body of Christ came to our shores. These Isles of Hope ("Waiting Isles," as Dr. Charles Detweiler has called them) received the Church of Christ, the mother of the heavenly man, the bride of God. Here the promised Holy Spirit descended. It is the promise made to Abraham, the promise of victory. God had provided some better thing for us, too. (Hebrews 11:40)

In the summer of 1939 I became acquainted, in Atlanta, Georgia, with a German professor of the staff of Eastern Baptist Theological Seminary of Philadelphia. We both were attending the congress of the Baptist World Alliance. We met walking in Grant Park, before the vestiges of that nightmare "gone with the wind"—the Civil War. Eight years later I again met this friend in Green Lake, Wisconsin. Recently returned from Europe, he spoke before a gathering of missionaries, of the last universal catastrophe and of the Christian grace of victory. We spoke together after his conference. He remembered me at once. I had in my hands a copy of the book

by Lecomte du Noüy, *Human Destiny*, and on its flyleaf he wrote these words:

Sursum corda!
Regem habemus!

Hebrews 13:8.

William A. Mueller

“Jesus Christ, the same yesterday, today, and forever.” The Christian Church in Puerto Rico signifies that the body, whose head is Christ, lives in this country. It is the only valid reason. the reason of that faith, for us to raise the victorious song.

We have a King!
Lift up your spirits!
Lift up your thoughts!
Lift up your hearts!

Sin makes death horrible, a motive of anguish, of fear, and of ferocity. The presence of the law, God's justice, makes sin powerful for condemnation. The resurrection of Jesus, the Lord of the Church, makes the grace of God a power for victory over the fear of death, over the deadly poison of sin, and over the spiritual paralysis caused by the wrath of divine justice. “Thanks be to God which giveth us the victory through our Lord Jesus Christ!”

**IMPRESA SOLTERO
SANTURCE, P. R.**